



EN ESPAÑA.

EDICION DE LUJO.

Tres meses.	28 reales.
Seis	50 .
Un año.	90 .

EDICION ECONOMICA.

Tres meses.	16 reales.
Seis	28 .
Un año.	50 .

Año II.

DIRECTORA,
LA BARONESA DE WILSON.

DIRECTOR-PROPIETARIO,
JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.

Madrid 29 de Junio de 1872.

EN EL EXTRANJERO,

ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses.	5 pesos.
Un año.	9 .

EN EL CENTRO DE AMÉRICA
Y FILIPINAS.

Un año.	11 pesos.
-----------------	-----------

Número 24.

SUMARIO.

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La noche de año nuevo de un desgraciado, por la señorita doña Clementina Rangel y Ortiz.—La felicidad, por doña María de la Concepcion Jimeno.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—Exequias de D. Carlos Rubio, por don Gaspar Bono y Serrano.—Explicacion de los grabados.—A nuestras suscriptoras.

Grabado núm. I.



REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Paris, Junio de 1872.

El mes de Junio, vario en extremo á dias, encantador, sereno y vestido con todas sus galas otros, presenta, por estos cambios atmosféricos, el más singular aspecto en todo lo concerniente á la moda, pues los trajes de rigoroso verano alternan con los de primavera.

Los corpiños de aldetas continúan, pero las polonesas ajustadas, semi-ajustadas ó de forma de blusa, obtienen la gran boga, sobre todo para los cuerpos esbeltos y delgados, y es un modelo especial para las telas diáfanas y vaporosas.

La forma princesa es tambien de las más distinguidas, pero no para telas ligeras, sino para aquellas que forman majestuosas ondulaciones.

Con túnica blusa, otra de las novedades para el verano,

vimos un traje destinado á lucirse en Baden-Baden. La primera falda era de seda gris hierro, con dos volantes más claros y con cabecillas dobles y rizadas. La blusa era de crespón de China, más clara que el resto del traje, con fleco musgoso y perlititas de raso gris: este adorno se repetia en los hombros á la española.

Para las carreras de Chantilly, era un traje verde Nilo, sumamente claro con rayas más oscuras y guarnecido con cinco volantitos. Una preciosa polonesa de granadina negra con listas, adornada con un ancho guipure y entredoses de lo mismo, y recogida con lazos de color Nilo, completaba tan caprichoso modelo.

Otro para el mismo objeto que el anterior, era color coral, con corpiño escotado y volantes con cabecillas de guipur.

La túnica princesa, nuevo modelo, pues si bien ajustada tenia tabla Watteau en la espalda, era de guipur con un ancho volante de la misma clase a borde. El sombrero de

paja de arroz con plumas y follaje, prestaba á tan elegante vestido un relieve de suprema distincion.

La diversidad de formas, telas, y adornos es verdaderamente extraordinaria, y al cruzar las calles de Paris, pueden escojerse los caprichos más lindos, y sobre todo de una juventud y frescura inimitables.

Paris, es siempre el mismo y como el fénix, renace de sus cenizas más espléndido, más altivo, más industrial que nunca: apenas si se encuentra la huella de las luchas que aun no hace mucho tiempo sembraron la desolacion entre sus habitantes: la actividad de su pueblo es tan prodigiosa, que allí en donde hace algunos meses se alzaba una casa destruido por el incendio, se levanta hoy un artístico palacio, y si más lejos hemos admirado un elegante comercio, presa más tarde de las llamas, vemos otro más lujoso, más soberanamente espléndido.

Paris, vuelve á ser la primera capital de Europa, pudiendo asegurar que su vida, su animacion y movimiento, están á la altura de su nombre y de su civilizacion.

Un gigante vacila, pero no cae, volviendo á recobrar el equilibrio sin grandes esfuerzos.

Recorriendo los Campos Elíseos, y volviendo á nuestra crónica de modas, llamó mi atencion un grupo de tres personas, dos señoras y una preciosa niña: sus trajes eran de tan perfecta elegancia, que no puedo ménos de consignarlos en mi revista.

El primero lo componia una falda de color crudo, con un volante de ocho centímetros, con anchas ondas en el hueco de las cuales sobresalian cuatro volantitos encañonados.

La cabecilla del volante ondeado lo formaba un terciopelo de color capuchina. La sobrefalda era muy corta, redonda por delante y con puff por detrás: á los lados figuraba una ancha coca, con caída, bordeada por un volante y un terciopelo: la chaquetilla era lindísima, forma postillon abierto y por delante amazona.

Este modelo guarnecido con trencillas de lana, con seda, ó con la misma clase de tela que el vestido; pero de un punto de color más subido, podria hacerse de percal, de tamís, ó de brillantina, pues toda su elegancia estriba en el corte.

El sombrero era de paja de Italia, con ala ancha y adornado con cintas y plumas, color paja.

El segundo vestido era de glasé negro y azul; un gran volante de seda azul, ondeado y con bandas de terciopelo negro, adornaba la falda, uniéndose á una túnica negra, á cuyo borde vimos un biés azul y otro negro. Un volante azul igual al primero figuraba otra sobrefalda en delantal, y por detrás, por separado, y de seda negra con volante azul, se presentaba el puff, artísticamente drapeado á los lados. Chaqueta negra con volante azul y de forma torera, permitiendo ver un chaleco negro con puntas largas, completando el conjunto una manga de codo con volante azul.

La niña estaba encantadora con un vestido de seda gris plata. Falda adornada con tres terciopelos grana. La sobrefalda solo llegaba á los costados, y volvia en dobles solapas, guarnecido el todo con un volante y terciopelos grana: corpiño con escote cuadrado, con lazos grana en los hombros y terciopelos en las carteras de las mangas.

El sombrero era gris con adornos grana, y las botitas de color gris.

Al regresar de mi paseo, fijé la vista en los escaparates de los grandes almacenes del *Louvre*, y en ellos ví dos batas de tan buen gusto, que no puedo ménos de describírselas á las lectoras de EL ÚLTIMO FIGURIN. Una era de percal Pompadour forma princesa, con guarniciones de la misma tela, ligeramente fruncidas y bordeadas con trencillas verdes y botonadura del mismo color, cierra los delanteros. La segunda tambien con florecillas Pompadour, tenia los adornos azules y las guarniciones encañonadas; una pelerina-fichú se anudaba con gracia por detrás y formaba largas caídas.

Un poco más lejos, dos lujosos peinadores me hicieron detenerme de nuevo: su forma era tan nueva que apenas podré describirla; pero diré que por detrás ostentaban un doble pliegue Watteau, con bordados y tiras de entredos que caian hasta el borde, y subian por los costados en graciosas ondulaciones y siguiendo el corte el cual se redondeaba por lados y seguia más largo por delante y recto.

El segundo peinador, tenia como cascadas de encaje Va-

lenciennes formando caprichosas conchas en los bordes. La forma era como un paletó *Napoleon*; pero un poco corto por detrás, y muy largo por delante.

Estas sorpresas me hicieron continuar mis investigaciones, y no ya en trajes, en joyas, encontré las más deliciosas y artísticas creaciones, entre otras el broche *Chambord*, de plata, con grandes flores de lis y que es elegantísimo para cinturones, medios aderezos de capricho, tales como una pirámide al revés, encerrada en un círculo de oro, y con una figurita simbolizando la *Alsacia*.

Otro juego representaba un pajarillo de oro y esmaltes, encerrado en una jaula; pero que al fin logra con su astucia abrir la portezuela y emprender el vuelo: en todos estos detalles se revela el ingenio francés.

Mi paseo concluye hoy aquí; pero ofrezco continuarlo en la próxima revista.

II.

Lisonjero es, lectoras mías, ofrecer al amante hermano, al esposo tierno ó á el prometido como compañero de nuestra vida, un obsequio que constantemente nos recuerde á su amoroso anhelo, y nada más á propósito, queridas lectoras, que la bonita y elegante relojera, cuyo grabado verán en el presente número.

El bordado al pasado sobre cañamazo es hoy muy usual, y como labor, es fácil y distraida.

Deben hacerse dos iguales ejecutados con lana y el fondo de seda verde. Se cortan los cartones segun el modelo que ya hemos dado anteriormente y se forran con percalinas, cubriéndola despues con el cañamazo.

Las costuras se ocultan con un borde de cinta de seda: una anilla dorada, sirve para colgarla y terminar tan graciosa obra.

Los tarjeteros de junco, tejidos con grandes rosas bordados con lana, y el follaje de dos ó tres verdes diferentes, forrado el interior con seda azul ó grana, es poco costoso y de muy buen efecto.

Para cubrir sillones, lo más elegante son los paños de encaje del Renacimiento, hecho con hilo muy fino y galoncillo del más estrecho, para que la ilusion sea más completa, formando riquísimo encaje.

En esto mismo ví poco antes de mi salida de Madrid, un abanico, muestra de la paciencia y de la aplicacion, de una jovencita encantadora, muy conocida en los círculos de la española corte.

El trabajo era precioso y estaba perfectamente concluido: el pié del encaje que formaba el país, estaba hecho con bolillos; el resto con aguja de coser.

El armazon, era de marfil calado.

Otro abanico he admirado en este gran centro europeo, en Paris; varillaje de sándalo con molduras preciosas, y el país de glasé blanco, bordado al punto ruso con sedas verde y coral.

La Baronesa de Wilson.

LA NOCHE DE AÑO NUEVO DE UN DESGRACIADO.

CUENTO FANTÁSTICO DEL CÉLEBRE

JEAN PAUL RICHTER,

traducido directamente del alemán

POR

LA SEÑORITA DOÑA CLEMENTINA RANGEL Y ORTIZ.

Asomado á la ventana la noche de año nuevo, contemplaba un anciano con profunda desesperacion, el inmóvil y siempre hermoso cielo, y la silenciosa y nevada tierra, sobre la cual no habia en aquella noche nadie tan falto de sueño y de alegría como él. Su tumba estaba siempre á su lado. Mucho tiempo hacia que la nieve de la vejez cubria su cabeza. De toda su opulenta vida no le habian quedado más que errores, pecados y enfermedades; un cuerpo aniquilado y un

alma vacía; el corazón emponzoñado y una vejez llena de remordimientos.

Los hermosos días de su juventud se presentaban á su memoria como un sueño: le recordaban aquella suprema mañana en que su padre le colocó ante las dos sendas de la vida. La derecha, que era el resplandeciente camino de la virtud, conducía á una espaciosa y tranquila campiña poblada de ángeles, y llena de luz y de abundancia. La izquierda era la de los topes del vicio, y descendía tortuosamente hasta una tenebrosa caverna, llena de veneno que manaba del techo, de serpientes amenazadoras, y de ardientes y oscuros vapores.

Las serpientes se habían asido tenazmente á su pecho, y el veneno caía gota á gota sobre su lengua. Ahora sabía donde se hallaba.

Fuera de sí, y con indecible angustia, exclamó mirando al cielo:

—¡Devuélveme la juventud, oh padre! ¡Colócame de nuevo en el punto de partida, para que pueda escoger la otra senda!

Pero hacia mucho tiempo que su padre y su juventud habían dejado de existir. Al ver los fuegos fatuos vagar sobre los pantanos y apoyarse en el cementerio, exclamó:

—¡Estos son los días que tan néciamente he perdido!

Vió huir del cielo una estrella, brillar al caer, y desahacerse sobre la tierra.

—Este soy yo,—dijo su lacerado corazón.

Y los agudos dientes del arrepentimiento seguían penetrando en la herida.

En su acalorada fantasía se veía sonámbulo, fugitivo por los tejados. El molino de viento levantaba sus brazos amenazadores para aplastarle, y una calavera que en el solitario cementerio había quedado desenterrada, iba tomando gradualmente sus facciones.

En medio de este trastorno, resonó en la torre el toque de año nuevo como un lejano canto de iglesia. El desgraciado anciano sintió una consoladora emoción. Miró hacia el vasto horizonte, volvió los ojos á la tierra; pensó en los amigos de su infancia, que, mejores y más felices que él, habían comprendido más profundamente la vida humana, y eran padres de felices hijos, y hombres bendecidos por Dios.

—¡También yo,—exclamó,—pudiera, á haberlo querido, dormido con los ojos enjutos esta primera noche del año! ¡Ah, queridos padres, cuán feliz sería si hubiera seguido vuestros consejos y si hubiera cumplido los votos que hacíamos la noche de año nuevo!

Entre las febriles imágenes de su juventud, se le presentó la calavera que había tomado sus facciones; y, por último, la superstición de que en la primera noche del año se aparecen los espíritus del porvenir, le hizo verla transformado en un gallardo joven.

Ya no pudo ver más. Se cubrió los ojos... y ardientes lágrimas cayeron sobre la nieve. Aun murmuraba sollozando:

—¡Vuelve, juventud, vuelve!

Y la juventud volvió; pues todo aquello no había sido más que un horrible sueño de la noche de año nuevo. El era joven: sus extravíos la única realidad. Dió gracias á Dios porque podía salir, joven aún, de la tenebrosa senda del vicio, y por el hermoso camino de la virtud llegar al país de la felicidad.

Volved con él, jóvenes lectores que estais en el camino del error. Este espantoso sueño será más adelante vuestro juez. Pero si, llenos de dolor, exclamais algún día: «¡Vuelve á nosotros, hermosa juventud!» entonces será ya tarde.

LA FELICIDAD.

¿Dónde te hallas? Voluptuosa sultana que llevas sobre tí las armonías de tus serrillos, bella huri que te engalanas con las flores de tu haren, diosa deslumbradora, maga encantada, ¿dónde vas? ¿por qué huyes?

Te busca la infancia, la adolescencia, la senectud; ni la nieve de los años apaga en el corazón del anciano decrepito el deseo de poseerte.

Todos queremos guardarte en nuestro seno cual guardaban las Nereidas los tesoros del Océano.

Todos te anhelamos con el ardor que anhela la sedienta caravana á la benéfica nube que le ofrece la lluvia consoladora.

Pero ¡ay! gastamos nuestra existencia corriendo desolados con los brazos abiertos hacia tí y no estrechamos nada.

¿Eres vana quimera, sueño de hadas, fantástica vision, vagoroso celaje, sombra indecisa envuelta en aéreo cendal, ó eres realidad? ¿qué eres?

Tierna compañera de nuestras horas de alegría, apareces sonriente brindándonos delicias inefables.

Fiel amiga de nuestros momentos de ventura, te muestras placida y cariñosa, haciéndonos saborear un néctar más dulce que la ambrosía ofrecida por la ninfa Hebe á los dioses del Olimpo.

Mas, ¡ah! cuán grande es tu inconstancia, misteriosa deidad, ondina juguetona, sílfide caprichosa.

En las noches lúgubres de insomnio, nos abandonas criminalmente y se rasgan las gasas que te velan; es solo para humillarnos con tu altivez al alzar soberbia sobre el fulgido sálido de tu flotante alcázar.

En tu rápida fuga, sueles regalarnos una sonrisa; pero es la sonrisa irónica y mordaz del sarcasmo, es el triunfo de nuestra derrota; pues al partir, nos dejas las ilusiones hechas pedazos, y éstos los tiendes sobre la arena, convirtiéndolos en alfombra de tu microscópico y álcido pié.

¿Qué huellas deja la primavera de su brillante pasado? Ninguna.

El árbol queda desnudo, el vergel sin flores, la brisa sin perfumes.

¿Y tú qué dejas?

La soledad, el vacío, la aridez y un desengaño que nos hiela, que marchita nuestro corazón, cual troncha el mortífero soplo de simoun al inocente lirio que erguía su bella corola en el oasis africano.

¡Oh! ¿Por qué adherirnos á la felicidad de esta vida, si tan efímera, si tan pasajera es?

Nos ilumina un momento, y pronto nos sepulta en crepúsculo umbrío; porque la felicidad es una esencia que se evapora, huye veloz cual la carroza de una divinidad en alas de los vientos, se desvanece con la misma rapidez que la estela surcada en el mar por la velera nave.

Mariposa de bellos cambiantes, la felicidad es versátil, veleidosa cual ella; mas aunque su volubilidad no fuera tan grande, nos sería difícil, imposible, ser dichosos.

Para llegar al pináculo de la dicha, es preciso subir una escalera cuyos peldaños no se acaban nunca.

¿Sabeis cuál es esa escalera?

Nuestra ambición.

El opulento, el que disfruta goces halagadores en el suntuoso palacio que sus riquezas le proporcionan, no creáis que es completamente feliz; siempre falta algo á su ventura, pues como ha dicho un hombre muy eminente y conocido, «Por más que suba el que se halla sobre las alas de la fortuna, la felicidad está siempre más arriba.»

Los bienes materiales no pueden construir nuestra felicidad.

Creedme. El hastío es la desdicha de los afortunados.

La sociedad se engaña frecuentemente cuando apellida felices á los que rien.

¿Cuántas veces puede sorprender el observador más lágrimas en una carcajada, que en un raudal de llanto!

Hay ojos que sonrien y labios que lloran.

Una sonrisa forzada, es una lágrima en los labios.

Hay sonrisas amargas cual las aguas del río Aqueronte; frías como la hoja de un puñal, fúnebres cual la mirada del moribundo.

Un hombre que ríe mucho, es un desesperado que quiere aturdirse y engañar á los que le rodean.

Para no quedar aislados, es preciso fingir ventura.

Todos temen al infortunio, como á peste contagiosa.

Teniendo la cadena de la vida pocos eslabones de dichas y muchos de pesares, rara vez hay motivo de alegría; pero qué importa, es preciso reír.

La risa, es la pantalla, la máscara del dolor.

Nuestro tirano inflexible, el amor propio, nos hace ocultar muchas veces una nube de lágrimas bajo un diluvio de sonrisas perfectamente dibujadas.

Renunciemos á la felicidad de este mundo y vivamos de esperanza hácia un mundo mejor.

Es más bella, tiene encantos más indescriptibles, la esperanza que la posesion.

Muchas veces al tocar la meta de un vehemente deseo,

nos encontramos con una realidad que no es más que un feo esqueleto embellecido con el brillante ropaje que le presta la imaginacion.

Los poetas, esos seres privilegiados, cuyo génio poderoso les permite poetizar hasta lo más vulgar, han hecho notables apologías, brillantes hipótesis de la felicidad, la han visto siempre, pero jamás la han alcanzado.

Con el cántico en los labios y la tormenta de las pasiones

Grabado núm. 2.



en el alma, solos con la lira y el laud, vagan errantes buscando un ideal sublime, y tropiezan á cada paso con un mezuquino desencanto que les aterra que les hiere con saña impía.

¡No queramos cruzar los mares precelosos de la vida en la góndola del placer, pues es tan frágil, que un viento contrario puede estrellarla contra la más dura roca!

Somos flores que nacemos hoy para agostarnos mañana, y en el corto espacio de esta parodia del vivir que llaman existencia, el rocío nos acaricia una hora solamente; siendo azotadas por el huracan, marchitas por el sol y arrastradas por el furioso vendabal durante las demás horas.

A nuestra débil naturaleza no le conviene un perpétuo



EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: CALLE DE LAS TABERNILLAS, NUMERO 8.—MADRID.

24-72

estado de felicidad, porque la saciedad nos haria insensibles á ella.

La felicidad es un ópio; en poca cantidad fortalece, pero en gran dosis, aniquila, envenena, mata.

El hilo de la vida se aflojaria, dice Pitágoras, si no estuviera mojado con algunas lágrimas.

Para vivir más tranquilos no consultamos á nuestro co-

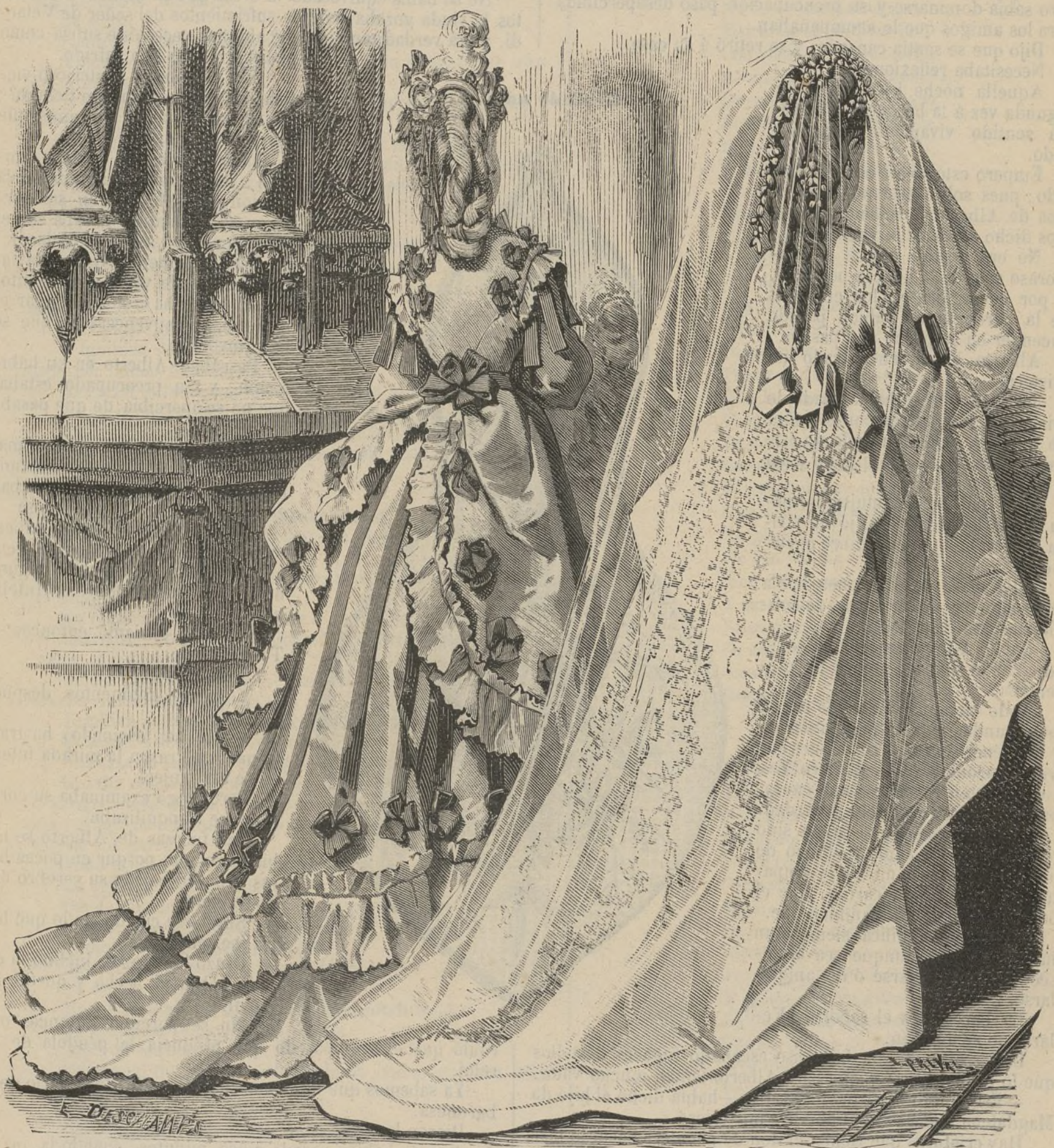
razon en las épocas de amargura, pues son un cronómetro tan inexacto, que nos marca lentas é interminables las horas de dolor, y muy breves las gratas y placenteras.

El infortunio puede sernos útil si hacemos de él un precioso escabel que nos acerque al cielo.

El tiempo de la adversidad, es la estacion de la virtud.

El alma no puede sustentarse con las felicidades de este

Grabado núm. 3.



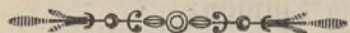
mundo, felicidades mezquinas que siempre compra demasiado caras.

Por eso cuando está agitada y cansada de las luchas y decepciones, suspira por su etérea mansion, no puede soportar el ostracismo de esta vida espiatoria; y muertos sus deseos terrenales, la única aspiracion que alimenta es remontarse á su patria amada, á su eden celestial, al empuje de los espíritus puros.

La felicidad suprema, la absoluta, la verdadera, no la encontrareis aquí: buscadla en regiones más elevadas, guiados por la antorcha de la fe.

Lo finito no puede encadenar en sus redes á lo inmortal.

María de la Concepcion Jimeno.



EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

CAPÍTULO VII.

Visiones que pueden ser realidades.

Muy preocupado salió Alberto de la morada de la viuda; pero sabia dominarse y su preocupacion pasó desapercibida para los amigos que lo acompañaban.

Dijo que se sentia cansado, y se retiró á su casa. Necesitaba reflexionar.

Aquella noche habia visto por segunda vez á la baronesa y se habia sentido vivamente impresionado.

Empero esto no era obra de Cupido; pues sobre este punto decimos de Alberto lo mismo que hemos dicho antes de la viuda.

No era posible que él se enamorase sólo de la belleza personal, y por consiguiente, los encantos de la baronesa no habian podido encender en su pecho una pasion.

Alberto habia encontrado un misterio.

La atencion se habia fijado lo mismo en la viuda que en el señor de Velardi, y en la mirada de éste habia encontrado algo que no tenia fácil explicacion.

¿Por qué aquella mujer hermosa hasta lo prodigioso, jóven y rica, temblaba ante el hombre misterioso?

¿Qué clase de relaciones habia entre aquellas dos criaturas de condiciones tan distintas?

Caviló Alberto empeñándose en adivinar lo que tan oscuro se presentaba.

Todo tiene su razon de ser en este mundo, y la extraña situacion y no ménos extrañas relaciones entre la baronesa y el caballero Velardi, debian reconocer una causa, un fundamento de mucha gravedad.

Las personas no se unen sino por algo y para algo, y el lazo de union puede ser lo mismo la simpatía, el más tierno cariño, que el odio, porque el odio tambien une.

La union significa siempre un interés comun, aunque sea el deseo de atormentarse ó de aniquilarse.

La baronesa y el señor de Velardi no se amaban.

De los ojos de ella habíanse escapado fugaces destellos que lo probaban así y que para Alberto tenian mucho valor.

—Ese hombre es un miserable,—habia dicho el hijo de Magdalena apenas vió al hombre misterioso.

Hay criaturas que tienen el don de penetrar hasta lo más recóndito del alma, y no necesitan más que mirar á una persona para calificarla sin equivocarse.

En cuanto á la baronesa, no habia podido fallar tan pronto Alberto, y despues de contemplarla, dijo:

—Esta mujer es muy buena ó muy mala; es una víctima, un ángel con alma mucho más bella que su cuerpo, ó un demonio con el rostro de un querubín.

Y observó cuanto le fué posible sin atreverse á formular definitivamente una opinion.

De lo único que no le quedó duda fué de que entre la baronesa y el señor de Velardi, uno era la víctima y otro el implacable verdugo.

Hubo momentos en que Alberto creyó que el papel de verdugo lo representaba el hombre misterioso; pero sorprendió en él miradas de angustia, de sufrimientos ó de horrible contrariedad, mientras que la viuda desplegaba sonrisas de triunfo ó de criminal satisfaccion.

¿Cómo explicar todo esto?

Y cuanto más difícil era la explicacion, mayor era el empeño que el hijo de Magdalena ponía en averiguar la verdad.

No se habia equivocado al creer que en algunos momentos la viuda gozaba con los sufrimientos del señor de Velardi, y era verdad tambien que algunas veces éste sufría como pocas criaturas han sufrido.

¿Era el hombre misterioso víctima y verdugo al mismo tiempo?

Diremos que sí, por más que parezca paradógico.

La baronesa era víctima tambien; pero cuando encontraba la ocasion, complacíase en ser verdugo, se ensañaba y gozaba con el sufrimiento del señor de Velardi.

Esto no lo hemos visto todavia, pero hemos de verlo muy pronto, y si el lector ha creído adivinar el misterio, se convencerá de que se ha equivocado.

Paseábase Alberto en su habitacion, y tan preocupado estaba, que no se apercebía de que pasaba el tiempo.

Una bujía puesta en la palmaria esparcía su luz y se consumía lo mismo que las que alumbraban en el dormitorio de la baronesa.

Algunas veces se detuvo Alberto, y se pasó las manos por la frente como si quisiera disipar alguna nube que oscureciese su inteligencia.

—¡Oh!—exclamó entonces.—Tengo miedo.

¿Qué temía?

Y pocos momentos despues decia:

—¿Me ha fascinado, ha trastornado mi razon la mirada intensa de esa mujer?

Pero luego examinaba su corazon y se tranquilizaba.

Las fuerzas de Alberto se habian agotado, porque en pocas horas habia trabajado su cerebro excesivamente.

Sin darse cuenta de lo que hacia, se sentó.

Cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

No se percibió entonces otro ruido que el acompasado que producía la péndola de un reloj.

Ya sabemos que lo mismo sucedía en el dormitorio de la baronesa.

Dieron las tres.

Aun no habian pasado cinco minutos, cuando la luz se hizo doblemente intensa.

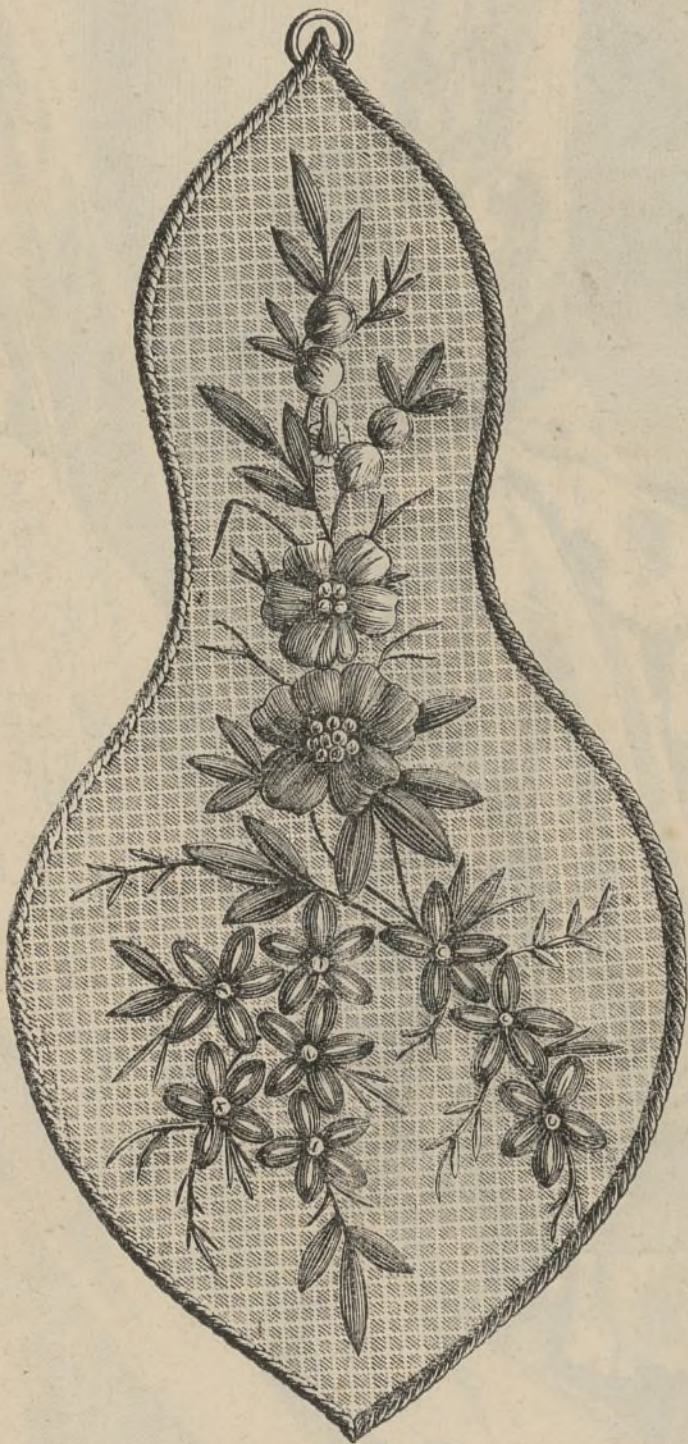
Luego chisporroteó y se apagó.

Tambien Alberto, á pesar de su valor varonil, dejó escapar un grito, extendió el brazo derecho y tiró del cordon de la campanilla.

—¡Luz, luz!—dijo el hermano de María.

En aquellos momentos pronunciaba las mismas palabras la baronesa.

Grabado núm. 4.



El criado llevó una lámpara y esperó las órdenes de su señor; pero estaba tranquilo, porque no esperaba una escena borrascosa.

Alberto no había dado nunca motivos para que se le calificara de extravagante, y muy rara vez trataba con dureza á sus criados.

Miró el reloj.

—Las tres,—dijo con tono de extrañeza.

Volvió la cabeza á uno y otro lado.

Parecía que se presentaba la encantadora viuda, como se presenta un fantasma,

Se acostó.

Siempre la baronesa estaba ante sus ojos.

Aparecía más bella que nunca, con una belleza que trastornaba, que enloquecía.

—Preciso es desechar estas ideas,—murmuró Alberto.

Y se volvió para mirar á otro lado.

El fantasma encantador se le presentó también.

Era entonces el de un ángel el rostro de la baronesa.

Sus magníficos ojos estaban húmedos por el llanto.

Debía sufrir mucho.

Indudablemente ella era la víctima.

El mundo no la veía entonces, y no tenía para qué fingir.

Latía con desigual violencia el corazón de Alberto.

Si hubiera examinado su pulso, habría comprendido que tenía fiebre.

Cerró los ojos, pero siguió viendo el fantasma.

Y también veía el corazón de la viuda destrozado y abrasado por llamas inextinguibles.

Extendió el fantasma los brazos como si buscara socorro.

De su pecho se escaparon gemidos de mortal angustia.

De repente apareció la figura del señor de Velardi.

No era entonces el hombre que había visto Alberto algunas horas antes.

Se había transformado.

Tenía el rostro lívido y descompuesto.

Estaban abiertos sus ojos como si fueran á saltar de las órbitas.

Sus pupilas se habían dilatado, iluminándose con extraño fulgor.

Su respiración era anhelante.

Corrientes de fuego circulaban por sus venas, yendo á refluir al corazón.

Dejóse caer de rodillas, cruzó las manos y extendió los brazos con ademán suplicante.

También sufría, también necesitaba socorro.

El aspecto de la viuda cambió.

Una risa de satánico júbilo entreabrió sus labios.

Gozaba como goza el tigre cuando siente en sus fauces la sangre de su presa, ó cuando entre sus afilados dientes hace crujir las entrañas de la tímida gacela que ha destrozado con sus garras.

Todo esto lo veía muy claramente el hijo de Magdalena.

La fiebre le hacía delirar.

Por fin el señor de Velardi se puso en pie.

Creció, convirtiéndose en gigante.

Siniestro brillo animó sus ojos.

Risa diabólica entreabrió sus labios.

Ya no suplicaba, ya no sufría.

Mandaba como un tirano, imponía condiciones.

La baronesa se oprimió el pecho.

Cayó de rodillas.

Un raudal de lágrimas abrasadoras corrió por sus pálidas mejillas.

Suplicaba.

Retorcíase los brazos con desesperación.

Se oprimía las sienes.

El hombre misterioso se mostraba implacable y frío.

Otra figura se dibujó confusamente entre ambos.

¿Quién era?

Quiso reconocerla Alberto; pero no pudo, porque los fantasmas se desvanecieron.

Extinguióse la luz.

Extendieronse densas tinieblas.

Y después...

(Se continuará.)

EXEQUIAS

de mi querido y malogrado discípulo

CÁRLOS RUBIO,

POR

DON GASPAR BONO Y SERRANO.

(Continuación.)

Benévolos admitiendo
Mi fina y cordial oferta,
Entraron en mi posada
Con visible complacencia.
Al sentarse en mi despacho,
De cuyas paredes cuelgan
Los retratos de Cervantes,
Rioja, Lope de Vega,
Y Melendez y Quintana,
Y otros insignes poetas,
Que son delicias del mundo,
Y honor de la patria nuestra;
Al ver también, que pendía
(De polvo por cierto llena)
Cual instrumento ya inútil,
Una lira tosca y vieja,
Rogáronme con respeto,
Pero con dulce insistencia,
Que lamentase en dolientes
Y cariñosas endechas
La muerte de Carlos Rubio,
La muerte precoz, funesta,
Por haberles yo indicado
Que lo apreciaba de veras.
Su grato ruego al oír,
No con fingida modestia,
Sino con sinceridad
Y castellana franqueza,
A los dignos extranjeros,
De las españolas letras
Amables admiradores,
Respondí de esta manera:

III.

Perdonad, buenos señores;
Yo con el mayor agrado
Procurára complaceros,
Si las dolencias, los años,
Sobre todo el númen mío,
(Que siempre fué muy escaso)
Me dieran lo que no tengo,
Inspiración, entusiasmo.
Aquel entusiasmo ardiente,
Juvenil, que los trabajos
Y dolores amortiguan
En los débiles ancianos:
Carlos, Carlos de mi alma,
¡Por qué, por qué no me es dado
Verte desde hoy en tu lecho,
Pobre, angosto y solitario!
Con paternaes palabras
Desde este día mis labios,
Que te ocultaban, risueños,
Mi aflicción y tierno llanto,
Ya no podrán consolarte,
Ni á la esposa que á tu lado
Día y noche te asistía
En tu cruel desamparo.
¿Dónde estaban los amigos
Entonces? ¡Qué desengaños,
Qué amarguras (como á todos)

Este mundo te dió, falso!
 Tus falaces compañeros
 De opinion, mas no de lauros,
 Casi todos, en tu lecho
 De dolor te abandonaron,
 Y viles en antesalas,
 Cual sicofantas y esclavos,
 Buscaban pingües destinos,
 Grandes placas y entorchados.
 Tu juventud, tu honradez,
 Del olvido se asombraron
 En que dejábante solo
 Aquellos hombres ingratos.
 Mas tu noble admiracion
 De candoroso muchacho,
 Vió con sonrisa el que hoy llora
 Tu talento malogrado
 Y tu prematuro fin,
 Cuando prometias tanto
 Opimo fruto á la pátria
 De Boscan y Garcilaso.
 En España á nadie, á nadie,
 ¡Oh baldon! debiste amparo,
 Ni protegió tu orfandad
 Allá en el florido Mayo
 De tres lustros, en que yo
 En tu sien, de gozo ufano,
 Descubrir logré dichoso
 Del genio el fúlgido rayo.
 Por eso tu mala estrella
 Te obligó á dejar el trato
 De las letras y las Musas,
 Que eran tu solaz y encanto,
 Y cual otros tus amigos,
 Jóvenes aventajados,
 De las intestinas lides
 Luchaste audaz en el campo.
 ¡Fatalidad! desde entonces
 Quedó tu plectro olvidado,
 Cuyos divinos acentos
 En edad mayor acaso
 Hubieran á los Arriazas,
 Quintanas y Jovellanos,
 Moratines y Cienfuegos,
 Y aun Herreras, eclipsado.
 Pátria mia, noble pátria
 Del ínclito Alfonso el Sabio,
 Si á tu corona de gloria
 Quieres añadir más lauros,
 No seas cruel madrastra
 De trovadores preclaros,
 Que te ilustran y enaltecen
 Con su ingenio soberano.

(Se continuará.)

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION DE LUJO.

1.º Traje para paseo.—Falda de seda verde, adornada con un volante plegado. Túnica de poplin de Irlanda gris perla, adornada con un volante de 15 centímetros y un biés con viño. Polonesa ajustada, de seda verde, bordada, redonda de cada lado y recogida con un lazo. Solapas al corpiño. Volante encañonado en las mangas. Sombrero *amazona* con velo de gasa y pluma.

2.º Vestido de fular gris con sembrado de flores violeta, con delantal adornado con guipur y glasé violeta. Lazos de cinta, encañonado violeta, biés y volante en la falda. Corpiño con aldetas en punta. Manga pagoda. Cinturon violeta con guipur. Lazo de cinta y lo mismo en las mangas. Sombrero de paja de arroz con pluma negra.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE LA EDICION ECONOMICA.

1.º Vestido de seda habana con doble falda sólo hasta el costado. Chaquetilla con chaleco. Gabán de seda, recto y abierto por delante, con muletilas de raso y adornado con guipur: por detrás figura puff. Sombrero *Dubarry* con rosas y caída de encaje anudada por detrás.

2.º Vestido de sultana verde muy claro, con un volante al borde de la falda. Sobrefalda abierta por detrás y con un volante al borde: la chaqueta forma aldeta por detrás con un gran lazo y volantes en berta fichú. Sombrero de paja con rosas y cintas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Traje de fular.—Primera falda con listas grises y negras y adornada con tres rizados á dos cabecillas. Túnica de fular gris de un fondo, ondeada y bordeada con glasé ó fular negro. Corpiño con aldetas ondeadas y adornado el pecho y cuello con rizados. Manga de codo, con un volante. Sombrero *pastora* con guirnalda de racimos de agraz y follaje.

2.º Vestido de moaré de lana, color crudo.—Primera falda con dos volantes de 15 centímetros cada uno, redondeados por delante. Túnica con volante, cuya cabecilla está sostenida con un grueso cordón de seda; dos lazos con caídas sujetan los recogidos de los costados. Corpiño-chaleco con solapas. Manga de codo con lazos.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Vestido de fular de un fondo.—Falda de cola con un volante á hondos pliegues, colocado á 15 centímetros del borde. Túnica drapeada recogida á los lados y adornada con un volante. Corpiño-chaleco con aldetas postillon. Paletó de poplin de Lyon, formando puntas redondas á cada lado, bordado con sutache y guarnecido con fleco. Sombrero de paja belga con lazo y pluma.

2.º Falda de faya marrón, adornada con un volante de 40 centímetros, y en el delantero dos en punta, de 15 centímetros. Túnica Luis XV de lana gris castor abierta, recta y con volante y biés de faya marrón. Sombrero de paja inglesa con guirnalda.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Falda de cola con rayas malva y blancas: al borde dos volantes picados de faya malva, uno de 30 centímetros y otro de 20. Lazos de cinta malva más oscuro. Túnica de faya malva abierta por detrás y redonda de los lados, con volante picado. Corpiño redondo con lazos de cinta, volante en hombrera y presillas de cinta. Sombrero de paja de arroz.

2.º Vestido de gró blanco.—Falda de cola con guirnalda bordada al pasado. Corpiño formando pequeño delantal. Corona de azahar con largas caídas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Relojera bordada sobre cañamazo.

A NUESTRAS SUSCRITORAS.

Todas las personas que se suscriban por un año á la edicion de lujo obtienen de regalo un elegante tomo, encuadernado á la rústica, con multitud de grabados, original de la Baronesa de Wilson, titulado *El Camino de la Cruz*, y las que lo efectúen por un año á la edicion económica, obtienen un ejemplar de la *Galeria histórico-monumental de la Juventud*, que con tanta aceptacion publica don Rafael Laguna.

MADRID: 1872.—Imprenta de Santos Larxé, Río, 24.